LOS FLAMENCOS QUE YO HE CONOCIDO

~~MIS AMIGOS FLAMENCOS~~

JUAN DE LA PLATA

Mis primeros contactos con artistas del flamenco datan de 1939, año en que mi familia se fue a vivir al Barrio de Santiago de Jerez de la Frontera. Era yo un niño de siete años y allí conocería a otros niños más o menos de mi edad, con los que jugaría, en algunas ocasiones, que entraban y salían ~~de~~ mi casa con relativa frecuencia. Algunos de esos niños, serían cantaores muy populares, incluso famosos, pasados los años, con los nombres artísticos de Diamante Negro, Fernando Gálvez, Romerito de Jerez, El Sordera, Terremoto de Jerez, etc. También fui amigo de otro, al que le decían "Remache", que no llegó a triunfar y murió alcoholizado. Cantaba muy bien, creo que lo escuché muchas veces.

A partir de esa fecha y durante toda la década de los años cuarenta mi vida en el Barrio de Santiago estuvo muy ligada al flamenco, pues solía asistir a muchas fiestas familiares en casas gitanas y mi padre llevaba a la nuestra cantaores ancianos, como Tío José de Paula y su hermano Ramón-

a Tío Gregorio el Borrico, al Moraíto Viejo, al Batato y al Troncho, que eran cantaores de reunión, de los que de noche se buscaban la vida en las ventas de las afueras, cantando en las juergas de los señoritos, aunque a mi casa no venían por interés, sino por amistad con mi padre.

~~TÍO JOSÉ DE PAULA~~

EL CANTE DE LOS ANCIANOS GITANOS

Tío José de Paula era el más anciano y el más querido por mi padre quien le arreglaba todos los meses la fé de vida del Juzgado,(1) para que pudiera cobrar el Subsidio de Vejez que entonces pagaba el Estado a los mayores de 70 años que no ~~había~~ podían percibir otro tipo de pensión. Era un viejecito encantador y muy agradable y educado — como su hermano menor Tío Ramón de Paula — que hacía muy bien todos los cantes, especialmente los de la escuela de Juaniquí — mal llamado de Lebrija, porque era jerezano — y los de la escuela de Carito, a quien había alcanzado a conocer y a escuchar, según me refirió otro gran cantaor, no profesional, gran amigo mío que trabajó conmigo de fotograbador en el diario "Ayer", de Jerez, donde yo empecé a escribir a los quince años, que vive todavía, con más de 90 años, y que se llama Diego Moreno Iglesias, conocido desde Cádiz

(1) Mi padre era oficial del Registro Civil de Jerez.

a Sevilla — donde actualmente reside con su hija — por «Dieguichi» y que canta o cantaba, maravillosamente todos los cantes antiguos, por soleá, por bulerías y, sobre todo, por seguiriyas.

Esos eran, principalmente, los cantes que solía escuchar a aquellos venerables ancianos cantaores que, con frecuencia de más de una docena de veces solían reunirse en mi casa, cantando a la vieja usanza de hacer sonar las palmas o los nudillos, sobre la madera de la mesa de nuestro comedor, mientras mi padre les obsequiaba con queso, chacina y otros manjares, generosamente regados con los mejores vinos de nuestra tierra.

En esto del vino, sobre todo, mi padre era [illegible] y estricto, y hacía que yo le sirviera a nuestros [illegible] amigos cantaores botellas y más botellas de marcas de primera calidad como «Botaina», «La Ina», «Tío Pepe», «Fino Gaditano», «Río Viejo», «Imperial». Botellas de «San Patricio» o «Imperial». Botellas de vino que las mejores bodegas nos regalaban por Navidades y que nos servía, a lo largo del año, para estas amistosas reuniones. Algunas eras, en época bastante

penuria, como fueron los años cuarenta, en que los flamencos no bebían vino de merce[illegible] (más que en las juergas de los señores). Y eso, sin acompañamiento ninguno de tapeo. Pero en casa, era otra cosa, porque mi padre no los contrataba, como artistas, sino que los llevaba como amigos y como amigos los obsequiaba y ellos le correspondían.

En estas reuniones de casa no solo se cantaba y bailaba, sino que se hablaba mucho, sobre el flamenco en general, en animada tertulia, donde yo aprendí, apenas niño, a conocer, distinguir y apreciar los cantes. Saboreando lo más puro, auténtico y verdadero, que haya podido escuchar en toda mi vida de aficionado.

Y aún recuerdo el cante dulce y cortito de Tío José; el bronco y duro de Tío Borrico; la sabia voz del Moreno Viejo; la voz [illegible] y grave de Tío Ramón de [illegible]; las malagueñas [illegible] de Manuel "El Troncho"; las alegrías con sabor a salinas del "Batato" y aún aquellos buenos cantes de aficionado que solían

entonar dos entrañables e íntimos amigos de mi padre, carniceros de profesión, llamados Antonio "El Bombo" y "Campito", o el de otro gran aficionado, llamado Juan Junquera Campos, que tenía una voz grave y bien templada, que sonaba en el comedor de casa, como una campana del mejor metal.

EL TÍTULO DE LAS FIESTAS GITANAS

Independientemente de estas fiestas íntimas, solía asistir a otras de bodas o pedimento, en las casas gitanas del barrio, donde escuché cantar y vi bailar a otras muchas gentes, sorprendiéndome siempre gratamente el baile por bulerías y alboreás de aquellas viejas gitanas de la calle Nueva y de la calle Cantarería. Las mismas viejas gitanas de Jerez que admiró Federico García Lorca de las que decía que bailaban mejor que las muchachas "con cintura de [illegible]". Cuando, ya tuve algunos años más, con catorce o quince, tuve ocasión de escuchar a estos mismos gitanos cantaores en las tabernas del barrio

como "El Canalejas" — que estaba en mi misma casa, y sobre el que yo tenía mi dormitorio —, "La Bandereta" (frente a mi casa); el Tabanco del Muro, donde tantas veces escucharía cantar al "Remache" y a mi amigo de la niñez, Juanelo Calle; al Bar "Los Toreros" y "La Moderna" de Santiago, (al lado la Plazuela, principe de la Soleá); donde tantas juergas se organizaban espontáneamente, sobretodo los sábados por la noche, cuando los gitanos regresaban de trabajar en los campos, y los domingos a medio día. Aquí ya eran los gitanos jóvenes los que cantaban, casi siempre en interminables fiestas por bulerías; y era de verlos, tan limpios, con sus camisas recien planchadas y el pelo ensortijado, brillando de brillantina, tocando aquellos pitos con los dedos y haciendo aquel atronador repiqueteo de palmas, para bailar con aquella fina elegancia y cantando con el mejor compás del mundo. ¡Era una borrachera de arte, más que de vino, la que se podía coger en aquellas juergas de los tabancos del Arco de Santiago de mi infancia!

Pero si te emborrachabas de arte, seguro que también te emborrachabas de vino. Era infalible e irremediable. En las bodas[1] de los gitanos, era costumbre que éstos compraran algunas garrafas de arroba de vino corriente, en la cercana bodega de Cala, en el Angostillo de Santiago, que luego trasegaban a uno o dos cubos nuevos de cinz, en los que repartían el vino utilizando un jarrito o cazo pequeño. Otras familias, más higiénicas, llenaban uno o dos búcaros, en el que se podía escanciar el vino, bebiéndolo a pulso del pitorro.

A mí, todo aquello me encantaba y disfrutaba de lo lindo, sólo con el ambiente, observando a las mozas cómo hacían corro alrededor de la novia, echándole las toronjas que previamente, por la mañana, habían confeccionado con trozos de fruta escarchada — generalmente — y grandes lazos de seda de vivos colores. Todas querían bailar con la novia, saliéndose del corro tan pronto le colocaban el lazo, con la toronja, alrededor del cuello.

De vez en cuando, paraba la fiesta unos minutos que los padrinos y familiares aprovechaban para repartir lue

(1) ó desposorios

nueva ronda de vino y la novia repartía, entre los niños, los trozos de las toronjas. ¡Qué hermosura de fiestas gitanas, tan familiares y alegres, donde jamás presencié un disgusto ni la más mínima metedura de pata! Los gitanos de entonces no hacían invitaciones de ninguna clase, sólo corrían la voz entre familiares, amigos y allegados, y abrían las puertas de sus casas, de par en par, lo mismo a gitanos que a los que no lo eran y a todos los trataban por igual, con la misma hospitalidad y cortesía. Y si había algún compromiso de la novia o de sus padres, con los señores a los que servían, a estos se les preparaba un sitio de honor en el corro, sentándoles en las mejores sillas, como presidiendo la fiesta.

Muchos años después, asistiendo yo a la boda de una sobrina de mi mujer, [illegible], celebrada en el corralón de su casa de la calle Cantarería, ya de madrugada, unos vecinos de un bloque de viviendas, situado enfrente, que trabajaban en una Azucarera, denunciaron a la Policía el alboroto de la fiesta, cosa natural en el Barrio de Santiago, desde tiempo inmemorial. Al presentarse una pareja de agentes, la fiesta

decayó durante unos minutos, pero al rato siguió como si tal cosa. Sobre aquel incidente escribiría yo un artículo en un periódico, poniéndome del lado de los gitanos y denunciando la intolerancia de quienes, extraños al lugar y a las costumbres gitanas, habían preferido dormir sin ruidos, a integrarse en la fiesta. En esta boda yo tuve el honor de ser considerado uno más de la familia, asistiendo al rito secreto de la exaltación de la virginidad de la novia, algo realmente emocionante que, naturalmente, no voy a describir, por razones de respeto hacia esta raza que tanto quiero y admiro y cuyas muchas virtudes conozco perfectamente, como también los defectos que, por otra parte, no son ni mayores, ni diferentes, a otras etnias.

PACO LABERINTO

En mi larga vida de profesional del periodismo, al mismo tiempo que de gran aficionado al flamenco, recuerdo que una de mis primeras entrevistas, para el diario "Ayer", de Jerez, donde empecé a escribir, se la hice al famoso bailaor jerezano, Paco Laberinto, al regreso de éste de hacer las Américas con la compañía de la célebre tonadillera Conchita Piquer.